

Unamuno, inagotable manantial, espejo de sus biógrafos

JUARISTI, Jon. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus, Colección Españoles eminentes, 2012, 520 págs. y álbum con 36 fotografías. ISBN: 978-84-306-0076-2.

“¿Llevamos dentro enterrados los que fuimos, nuestros yos de antaño, y qué cadena hay entre ellos? La de la continuidad, se dice. Cada uno de nosotros es una generación. ¡Y sólo en esa cadena vivimos, oh, dulce pasado!” (Unamuno, *Sensaciones de Bilbao*).

Confiesa Jon Juaristi en el somero preámbulo que abre este libro (*Cómo se hace una biografía*) que “sería difícil encontrar alguien tan distinto a mí”, pero, añade que, a pesar de todo, persisten algunas semejanzas hasta el punto de “no haberme podido quitar de encima su sombra”. En efecto, la sombra de Unamuno ha sido muy alargada y seductora, de modo que el género biográfico ha encontrado en su enredado discurrir vital un inagotable manantial donde extraer todo tipo de lecciones político-morales y un espejo en el que mirarse aderezando cavilaciones de todo género. Por lo demás, su vida y obra se prestan como pocas al ejercicio de una exégesis muy libre, que, haciendo honor al propio estilo del personaje biografiado, diga esto y lo contrario, que contente tanto a los *hunos* como a los otros. Hoy la unamunología ha alcanzado cotas interpretativas muy altas y sutiles, que últimamente han reverdecido y consagrado, aun más si cabe, la presencia en la escena pública y publicada de nuestro personaje con ocasión de los actos derivados del setenta y cinco aniversario de su muerte en 1936¹. No obstante, el libro que comentamos, pese a cultivar un terreno peligroso, por muy trillado, aporta savia nueva a la inmensa montaña de estudios y evocaciones ya existentes. Estamos, pues, ante un texto que por su prosa, estructura y contenido merece ser leído con atención.

A menudo, y no siempre conscientemente, el arte biográfico consiste en una suerte de ejercicio de vidas paralelas entre biografiado y biógrafo (en un paralelismo que corre subterráneamente al hilo discursivo), en el que se produce un ineluctable ajuste de cuentas entre ambos. El profesor Juaristi, también vasco y conocedor del euskera, coincidió en sus primerizas devociones por la tradición vascongada (en su modalidad más extrema) y, tras sucesivas conversiones, también acabó dirigiendo sus invectivas hacia el nacionalismo vasquista. Como él, realizó aportaciones intelectuales de peso y también ha exhibido un espectacular trayecto político, de ETA a la defensa de la nación española, un tanto errabundo y disparatado. Ese hilo de complicidad en la incongruencia con su vecino y paisano bilbaíno no le impide llevar al extremo de imaginar el ser de Unamuno como el de un liberal que, de vez en cuando yerra y traiciona las exigencias de esa ideología entregándose a todo tipo de excesos desviacionistas (primero fue la

¹ Fenómeno que llega al paroxismo en Salamanca, donde “duerme el recuerdo” como santuario laico dedicado, por tirios y troyanos, a la figura de D. Miguel. Lo que fuera para él “viejo ciudadón castellano” de sus afectos, hoy ha devenido en templo donde se rinde culto turístico y oficial a su memoria. Así, al mismo tiempo que existe casa-museo y recorrido unamuniano, a iniciativa del Ayuntamiento también hoy se programan actividades pedagógicas para los centros educativos, entre ellas la interpretación de su efígie en el medallón que adorna uno de los arcos de la Plaza Mayor salmantina .

contaminación del fuerismo literario vasco, luego el federalismo y un socialismo *sui generis*, más tarde sus posiciones y balbuceos ante el 18 de julio). Y es que Jon Juaristi encofra su relato biográfico dentro de una interpretación de la Restauración, el tiempo histórico que tocó vivir a Unamuno, conforme a su posición política actual, o sea, de acuerdo con la tradición inventada por una historiografía afín a un cierto liberalismo de derechas, proclive a considerar el reinado de Alfonso XIII como una etapa positiva y de carácter democrático. En ese marco interpretativo, el autor del libro parece enmendar la plana a Unamuno cuando, en su zigzagueante itinerario político, una y otra vez deja de ser fiel a las esencias de un supuesto liberalismo benéfico y primordial. De este modo quien hoy, como le ocurre al biógrafo, tras alguna vacilación que otra, profesa la fe del liberalismo democrático riñe, en forma de admonición retroactiva, a su biografiado cuando en momentos de su vida se aleja de los valores liberales y se arrima a otros sustratos dogmáticos que también estuvieron muy presentes en su trayecto vital.

Si pasamos a la descripción del interior del libro, tras un breve preámbulo, el conjunto se estructura en quince capítulos y una parte final aneja al cuerpo principal (comentario bibliográfico, notas, onomástico, obras). A pesar de tratarse de una obra de más de quinientas páginas, el autor ha buscado, no otra cosa demandan las empresas editoriales como la que ha acogido su escrito, elaborar un ensayo biográfico (un ensayo sobre una vida) que renuncia a las exigencias propias de la investigación histórica y, en cambio, se inclina más por la práctica de un género ensayístico brillante pero de exigencias críticas más leves. El comentario bibliográfico final trata de compensar esta falta de formalidad académica, solo en parte porque el autor, como era de esperar, no posee el control de todo el *corpus* bibliográfico unamuniano y su circunstancia histórica, sobre todo por lo que hace a los estudios locales sobre la historia de Salamanca. Sea como fuere, el resultado final es muy apreciable e incluso podría decirse que consigue, al menos en parte, su deseo expreso de hacer una biografía más amena que la del matrimonio Rabaté, que él considera (y quien esto escribe también) la mejor hilvanada hasta la fecha².

Cada uno de los quince capítulos, bautizados con nombres de intención y resonancias literarias, acoge un segmento de la vida de Unamuno en un recorrido cronológico que va desde su infancia bilbaína hasta su muerte en Salamanca. Ciertamente, la extensión y la intensidad del tratamiento en cada uno es desigual porque, como el propio Jon Juaristi afirma: “Yo he dedicado más a la primera parte de su vida que a la segunda, quizás porque el siglo XIX es para mí un terreno más conocido” (p. 18). Y esta es, en efecto, la porción biográfica en la que brilla su contribución a mayor altura formal y de contenido. Ahí, ciertamente, radica la principal aportación de esta obra, que arranca con un sugerente capítulo (*Unamuno/Jugo*), en el que recurriendo a los dos apellidos se presenta la persistente escisión unamunianna entre el vasco ancestral y genuino (Jugo, el apellido materno) y el vasco liberal abierto a la modernidad (Unamuno, el apellido paterno). Esta diada de raíces y querencias contraídas en la mocedad y primera juventud de D. Miguel van a reaparecer en toda su producción intelectual como una permanente lucha entre las fuerzas de la modernidad y las de la tradición. Incluso, como Juaristi muestra con lucidez, en el liberal y en el socialista permanece su raíz tradicional aldeana y su rechazo de la vida urbana (su proverbial desprecio por las grandes ciudades).

² Me refiero a la elaborada por el matrimonio Rabaté, sobre la cual escribí algo. R. Cuesta. Reseña del libro de Colette Rabaté y Jean Claude Rabaté: *Miguel de Unamuno. Biografía*. Taurus, 2009. En *Reseñas Educativas/Education Review* (en prensa).

Por lo tanto, los nueve primeros capítulos, los que abarcan los años de niñez, formación y primera actividad profesional (1864-1900) hasta su nombramiento como rector de la Universidad de Salamanca son lo más logrado de este libro porque en el curso de su despliegue se ofrece una rica exploración de las fuentes intelectuales y las circunstancias históricas que determinaron la formación de ese yo esquivo en permanente lucha consigo mismo y con los demás. Resulta a todas luces muy encomiable la vibrante recreación de la topografía física y literaria del Bilbao del último cuarto de siglo, donde luce con luz propia la pluma analítica y literaria del profesor Juaristi capaz de captar las fuerzas económicas, humanas e ideológicas que estaban transformando, merced a la industrialización, las bases urbanas y todo lo demás del paisaje del “botxito” (“tasita de plata” es el apelativo cariñoso de Juaristi). A tal fin, acierta el autor a destacar dos de las obras más significativas como apuntes autobiográficos de las edades primeras de Unamuno. Nos referimos al excelente libro *Recuerdos de niñez y mocedad* (publicado en 1908 y escrito entre 1891 y 1892) y la novela *Paz en la guerra* (1896). La primera constituye una fuente de valor inestimable para la historia de la educación española³; la segunda, además de coincidir con Juaristi en que es “una de las grandes novelas del siglo XIX español” (248), representa una magnífica muestra del mundo histórico del Bilbao de la última carlistada y de las inmensas nostalgias del pasado que seguirán abrumando al joven Unamuno. Por lo demás, estas y posteriores apreciaciones del propio Unamuno sobre su experiencia escolar (desde la escuela hasta la Universidad, primero como alumno y luego como profesor) ofrecen una rica veta para la comprensión de su pensamiento y talante personal, y representan una faceta de crítica social del sistema escolar no suficientemente resaltada por Juaristi y otros estudiosos de su vida y obra⁴.

Por otro lado, Jon Juaristi ofrece, en los capítulos dedicados a la niñez y juventud, una magnífica descripción del trasfondo de la tradición vasca dentro de la que se forjó el pensamiento de Unamuno. No en vano su libro *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca* (Madrid: Taurus, 1987) ya nos había ofrecido, junto a la obra de otros autores⁵, la génesis de la mitología vasca de la que había emanado un nuevo nacionalismo milenarista. En los tiempos mozos de Unamuno el tradicionalismo rural, el carlismo, el fuerismo y el entonces incipiente nacionalismo formaban un magma de sueños retrógrados con los que y contra los que convivió y se educó el propio Unamuno, atraído y al mismo tiempo repelido por el esencialismo etnicista vasco y por las nuevas ideas modernas (federalismo, socialismo). El Unamuno liberal, como muestra espléndidamente Juaristi, acabó abominando de ese mundo y acudiendo a la ciencia para debelar mitos primordialistas, tal como demuestra, entre otras manifestaciones, su tesis doctoral (*Crítica del problema sobre el origen de la lengua vasca*, 1884), a la que Juaristi dedica páginas de sumo interés y gran relevancia con

³ Hemos sacado partido de estos y otros textos unamunianos en Raimundo Cuesta. *Despojos de ciencia y crisol de experiencias. Recuerdos unamunianos entre el Instituto de Bilbao y la Universidad de Salamanca*, Salamanca, junio, 2011. Autoedición en www.lulu.es

⁴ Además en este terreno existen algunas imprecisiones, como la de atribuir el comienzo de los institutos de segunda enseñanza a la Ley Moyano de 1857, cuando, en realidad, se remontan al Plan Pidal de 1845. El Instituto Vizcaíno es precisamente hijo del Plan Pidal y su edificio de nueva y noble planta fue inaugurado en 1846. Véase mi trabajo ya citado *Despojos de ciencia y crisol de experiencia...*, pp. 15-16, donde se profundiza en la vertiente, a menudo no suficientemente considerada, de Unamuno como crítico de la educación.

⁵ Y otras obras del mismo autor y de otros. Entre estos últimos cabe destacar la seminal de Juan Aranzadi. *El milenarismo vasco. Edad de oro, etnia y nativismo*. Madrid: Taurus: 1981.

vistas a poder encuadrar e interpretar el pensamiento filológico unamuniano y su larga y ambivalente relación con el euskera.

Los últimos seis capítulos del libro abordan de 1900 a 1936: la vida como rector en Salamanca, las persistentes querellas con militares y eclesiásticos, el destierro y exilio a causa de la Dictadura de Primo de Rivera, los años republicanos y el fatídico de 1936, el del comienzo de la guerra civil y el de su muerte. Siendo esta parte la más trágica y pública de Unamuno y la que dio a la luz su principal obra escrita (ensayos, *nivolas*, poemas y dramas), sin embargo, el pulso narrativo de la biografía va decayendo conforme el libro de Juaristi se acerca al final, como si tuviera por inevitables o ya sabidos los últimos percances que amargaron la vida de Unamuno y hundieron su imagen pública entre el sector progresista de sus admiradores. Destaca en esta parte la consideración de su obra literaria y la atribución a Unamuno del nacimiento de un nuevo género: el ensayo. Así, con la recopilación de *En torno al casticismo* (1901) se inauguraría un tipo de creación propia del intelectual público, que comparece en Europa en la crisis finisecular y cuya muestra más genuina y temprana en España estaría representada precisamente por D. Miguel, proa de los descontentos regeneracionistas y de la llamada generación del 98. Buceando en esta dimensión ensayística, que incluye su visión de España, sus relaciones con los nacionalismos catalán y vasco y de su organización territorial, ahonda Juaristi, generalmente con acierto, en las influencias y huellas intelectuales que inspiran sus puntos de vista. Al mismo tiempo aprovecha para dibujar, a veces recurriendo al trazo grueso de la caricatura, sus agitadas y sorprendentes comparecencias en los debates públicos de la España del primer tercio del siglo XX. Es aquí donde queda más deslucida la figura del pensador vasco que, claro, es presentado vestido con el inevitable traje egocéntrico inherente a su personalidad (un ornitorrinco, decía Ortega, que soltaba el yo a la menor oportunidad).

Ciertamente, Unamuno poseía un yo desmesurado y sus apariciones en la vida política fueron todo menos discretas. Ahora bien, su grandeza como “primer intelectual moderno” (p. 216), tal como le denomina siguiendo la S. G. H Roberts (*Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español* moderno. Ediciones Universidad de Salamanca, 2007), queda empuñada por el relato de su coterráneo que a menudo mezcla asuntos de muy diferente entidad, por ejemplo, la anécdota de sus improprios antimilitaristas con la categoría, es decir, con de la necesidad de una crítica profunda a todo el sistema político de la Restauración. En este contexto, la figura del profesor de Salamanca a veces aparece desvirtuada por un excesivo énfasis en su famosa intemperancia verbal y otras, lo que es menos sostenible, por una actitud calculadora y medrosa, aspecto claramente desmentido por los mismos hechos que se narran. Reducir los procesos históricos, por ejemplo la Dictadura de Primo de Rivera a su dimensión esperpéntica es no hacer justicia a su significado profundo, por más que el destierro y exilio de Unamuno contengan situaciones y personajes que mueven a la risa. El caso es que en las páginas del texto del profesor Juaristi asoma una trayectoria, en tanto que intelectual público, llena de dudas e incoherencias (como, si se me permite, la del propio autor de este libro), marcada por un destino aciago. Lo cierto, creemos nosotros, es que Unamuno desempeña su función de intelectual moderno a la antigua usanza, como una suerte de mistagogo, de intelectual inorgánico (sin bloque social al que representar) y carismático que busca su liderazgo espiritual en sus dotes de profeta fustigador de las almas. Era, en efecto, Unamuno un agitador de multitudes donde se dan cita profetismo e individualismo, precisamente en plena crisis española del siglo XX, cuando los proyectos proféticos se dotaron de otras armas y otros fundamentos

sociales. En esa encrucijada, Unamuno renunció a formar parte de nada que no fuera él y sus cambiantes ideas (mantuvo siempre una distancia con las ligas y agrupaciones de intelectuales con vocación política). A diferencia de Ortega y Azaña, los otros dos grandes intelectuales públicos de su tiempo, aunque de generación más joven, careció de proyecto político alguno a no ser, que como señala Jauristi, por tal se entiendan sus apelaciones genéricas a la “intrahistoria”, al “quijotismo” y cosas por el estilo. Ciertamente que los proyectos de Ortega y Azaña (el de este último particularmente interesante) tampoco alcanzaron las mieles del éxito. Eran tiempos para pocas sutilezas de la mente.

Unamuno tuvo que presenciar en las postrimerías de su vida el triunfo de la connivencia entre cuarteles y sacristías, dos de sus más inveterados y odiados enemigos. Como narran sus biógrafos tardó en darse cuenta de lo que supuso el levantamiento de 1936 y la subsiguiente “guerra incivil”. Jauristi más bien carga la mano sobre la tardanza unamuniana en comprender lo que estaba pasando, y, aunque en su relato hay una aproximación al drama personal de Unamuno, no alcanza ni la intensidad, ni la “verdad” del relato de Luciano González Egido (*Agonizar en Salamanca*. Madrid: Alianza, 1986)⁶.

En suma, se trata de un libro que no agota las múltiples facetas del desbordante manantial unamuniano, aunque sí añade una aportación muy significativa, sobre todo en su primera parte, a la obra y vida del célebre profesor salmantino. Por lo tanto, resulta muy valioso también para quienes, a diferencia del profesor Jauristi, siempre leímos a Unamuno en clave crítica buscando no el supuesto liberal que en él se encerraría, sino el hilo de impugnación radical de su tiempo y, por extensión del nuestro, que creemos habita tras la frondosa selva de las contradicciones de su pensamiento y de algunas de sus desdichadas experiencias vitales.

Raimundo Cuesta
Salamanca, 25 de octubre de 2012

⁶ Ni aprovecha, a tal fin, la aportación documental contenida en Francisco Blanco Prieto. *Miguel de Unamuno. Diario final*. Salamanca: Globalia, 2006.